

la **R**evista

Para despedir el verano

DOMINGO 26 DE SEPTIEMBRE DE 2004



LITERATURA

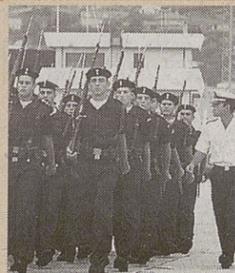
Relatos de verano

HOY:

- **Unas pequeñas vacaciones**, de Juan Amancio Rodríguez García.
- **Los rótulos**, de Mario César Yudicello.
- **El ojo del cíclope**, de Leonardo Valencia.
- **Los ángeles ocultos**, de J. A. Bueno Álvarez.
- **La mirada**, de Enriqueta Antolín.

SUPLEMENTOS INTERIORES

DE DOMINGO:
Oficial y marinero
El reportaje que abre este suplemento recoge la experiencia de una periodista junto a un grupo de alumnos de la Escuela Naval Militar de Marín (Pontevedra).



EL RASTRO DE ÁVILA

Información económica, empleo, formación...

Suplemento de 16 páginas

RELATOS DE DOMINGO

El abulense Juan Amancio Rodríguez García regresa a las páginas de 'La Revista' con un relato árido como el suelo que pisan los protagonistas, un grupo de segadores desplazados junto al mayoral a un secarral duro y hostil, lejos de sus familias. La historia, cortada por el estilete de la guerra cainita, está ambientado en paisajes reales y anímicos avecinados con el western clásico.



Unas pequeñas vacaciones

por Juan Amancio Rodríguez García

DESPUÉS de la guerra volvimos como si nada hubiera pasado. Olvidadizos y doblados volvíamos a segar las tierras de los demás. Silbábamos al viento y mirábamos las lindes en silencio. Pareciera que lo amábamos. Escupíamos y bebíamos a media mañana el agua que traía el zagal en las seras. Comíamos su comida y cobrábamos sus perras gordas.

Le decíamos al mayoral: ¿por qué tenemos que volver a ese pueblo? Tú eres el jefe, búscanos otro pueblo. Y él nos decía: no hay otro pueblo. Mozos hambrientos conozco a muchos. Podéis venir o podéis ir a la vuestra.

Después de una noche y medio día de tren (hombre, talego y manta, las hoces en bandolera) quería Dios que bajáramos en aquella estación de julio. Poníamos el pie en el andén y entonces poco hablábamos ya durante la

temporada de la siega. Josito andaba a los recados y nos traía el agua y el almuerzo y andaba en la casa al mande de la señora. Paquito venía apañado de rapaz, a pesar de ser más joven que José. Los dos hablaban demasiado. Sus comentarios sobre el paisaje y las mujeres no nos interesaban, pero dejábamos estar. Al llegar a la estación sólo bastaron unas miraditas. Pero no era eso. Era el silencio de la estación una vez que el tren desapareció recto en el horizonte como una hilera de hormigas ciegas... No llegaba a desaparecer.

Mirábamos al norte y allí lo veíamos aún humeando un hilillo. Y una hora después, y otra. Allí se quedaba clavado en el horizonte, como un punzón en la sien y Josito y Paquito pronto hubieron de capiscar que no estábamos en tierras de mucho hablar, que allí lo

que se decía o hacía quedaba siempre claro y cristalino, esparcido por toda la diáfana llanura, colgando del viento, clavado en el horizonte, y que los secretos habían de llevarse en brasas en los pulmones.

¿Por qué volvemos a ese pueblo?, le preguntábamos al mayoral en nuestros ojos rojos, mientras callados veíamos la impertinente y minúscula muesca del tren en el horizonte. En unos minutos dejaba de oírse, junto al seco ruido de los viajeros que desaparecían como hormigas ciegas hacia sus carros, mulas o pies, y se esfumaban como el humo frío, unos por las calles de la villa, otros por un camino arenoso y blanco cabe la vía negra y dura, hacia ambos lados, hasta que de pronto, no siendo más que una mota de café, giraban y desaparecían.

De aquel camino paralelo a la vía fue viniéndonos en su carro, tirado por dos barcinas atontonadas (nunca levantaban la cabeza, sólo miraban al suelo con la esperanza de encontrar algo repentinamente verde sobre la arena), el amo, una sombra seguida de un polvo ralo, sudor del camino cansado que brotaba al cortar las ruedas la arena. Tomé lo reconocí. Se levantó del poyo (fresco bajo la

“ ¿Por qué volvemos a ese pueblo?, le preguntábamos al mayoral en nuestros ojos rojos. ”

“ Pero el amo no haría nada. A nosotros todo nos pilló de sopetón, en medio del trabajo, yendo en el carro hacia las tierras. ”

marquesina), y llevándose la mano a la sien dijo: ¡firmes! Nos miró uno a uno. Nueve. Al ver a Josito y Paquito dijo lo único que debía decirse: nada. Volver a trabajar y coger el grano y cada cual a lo suyo y olvidar las cosas.

Llegó a ser el alcalde. Él nos lo contó sobre el seseo del carro, tan bien enejado que se deslizaba como reja de arado en toperas. Venía con su añejo y empolvado terno, tocado con gorra a cuadros, ladeada. No por ser alcalde. Así venía él. Cuando salía del pueblo, así se vestía él. Y su carro era de los que más sonaban en arreando al tiro.

El herrero le puso en las espigas del eje unas arandelas sueltas que bailaban con los baches del trote. Y al oírlo, todos pensarían: ahí está el alcalde con el carro que más suena a plata.

Hacía calor. En el carro apretados con nuestros talegos y mantas, escuchábamos al amo hablar con el mayoral. Había comprado unas obradas baldías muertas en la guerra, había sembrado todo de trigo, cebada, avena, garbanzos, lentejas y alfalfa, y pensaba en una criadora alemana abarataada aquí por la guerra de allí. Mientras tanto, tenía a su cargo varios mozos del pueblo y un pastor. Con ellos no dábamos palique. Nos mirábamos atravesados y de reajo. Mucha gente nos miraba de refilón.

Nadie se fiaba de los forasteros vivos, salvo el amo de nosotros. Desde las esquinas veníanse nos negras miradas que decían: hace tres veranos estuvieron aquí y tal vez retozaran junto a los jornaleros que empuñaran

ban: el alcalde no traería escoria a no ser para teparla bien enterrada. Entonces tan sólo desconfiados esperaban ver cómo el amo recibía el aviso y venían y nos llevaban una noche al pinar.

Pero el amo no haría nada. Ni nosotros. A nosotros todo nos pilló de sopetón, en medio del trabajo, yendo en el carro hacia las tierras, y de detrás del frontón de la iglesia nos salieron apedreando. Así que le dijimos al amo mejor nos pagara esos días, y el mayoral dijo que por él seguíamos, pero que la tormenta venía fea, que en la zona ya habían muerto algunos bajo el granizo y que lo mejor era el viento.

Y al amo debió parecerle lo propio, pues cuando terminó la guerra nos apalabró por correo un contrato de siega y el mayoral rejuntó una cuadrilla con los que quedábamos en pie y José y Paquito.

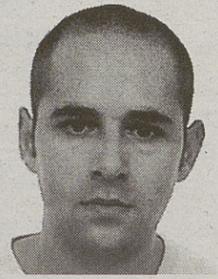
Acordamos ir a la estación a pie por evitar problemas al amo y a nosotros mismos. Salimos a media mañana, con los talegos y las mantas. Cógimos las traseras, pero nos dimos de bruces con los jornaleros y sus cananas porque nos uniéramos y formásemos asamblea para rapiñar las tierras, y nosotros dijimos que nos íbamos a casa con nuestras mujeres a defender nuestro pueblo y que cada cual a lo suyo, y la zorra de la Lourdes que no aceptaba repiques ni rechiflas enristró el látigo en la cara del mayoral con una semblante que nos pareciera el mismo diablo, y el mayoral hubiera calzado lo propio de haberlo dejado la gente que se lanzó sobre él como perros

“ Y cuando no vimos en el pueblo cabecillas, ni títeres con cabeza, pensamos que pocas cosas quedaron en estas tierras por ajustar. ”

garios y garietas, y bieldos y hoces, y fueran a la plaza encabezados por la zorra de la Lourdes, y dieran latigazos a los que trabajasen los campos crujientes para los amos, que repartirían las tierras y que lo único que había que hacer era echar a perder las cosechas y dar latigazos a los dueños y esperar que terminara la guerra y empezar a expropiar. Y se preguntaban: ¿tiemblan al andar? Y pensa-

cuando acarició el mango de la hoz, lo acribillaron a palazos y calló al suelo entre una nube de polvo marrón, el polvo que el viento le arranco poco a poco a los adobes. Entre una nube de polvo cogimos mientras tanto nosotros el erial y nos arrejuntamos después bajo una nube bajo el sol, junto a un regadío del camino de la estación. Tiramos tiesos para adelante. Al rato oímos un triscar en el cami-

Juan Amancio Rodríguez García



Juan Amancio Rodríguez García es un joven profesor abulense de Filosofía (25 años) que ha obtenido dos segundos premios en el certamen provincial para jóvenes del Ayuntamiento de Ávila y un accésit en el IV Cer-

tamen Nacional Martín Carpena, de Málaga. Juan Amancio ha publicado el relato 'Un castillo bajo una hola' en esta misma serie de 'La Revista para leer en verano', así como en la revista cultural 'El Cobaya'.

no, y una sombra negra seguida de una nube de polvo ralo se llegó hasta nosotros, junto a un muladar. Nos echó de estiércol hasta el cuello, y poco le faltaba para cuajar en muladar, pues al rato nos vino de lo lejos otra sombra lamiendo el polvo, resollando, con los faldones remangados, negro como su sombra negra, empolvado como su nube de polvo, ¡socorro, socorro!, nos decía al ver que no enristrábamos aperos hacia el cielo, ¡la iglesia! ¡Santísima... No siguió. Venía tan sofocado, tan ajetreado, tan sin vérsese andar bajo los faldones remangados como si flotara sobre el camino (lo cual a la sazón nos desquició), tan fantasmal y sombrío en medio del puro amarillo cegador, tan quieto el campo, tan quieto el sol, tan quieto el aire y tan moviéndose nuestro corazón, que el mayoral le cruzó la cara con un revés. Cayó boca arriba en cruz, boquiabierto, temblando. Llegaba el olor pútrido del muladar, infectando nuestras tripas pobres, de aire, sin dinero, sin trabajo, sin un camino libre de sombras suplicantes pegadas al suelo, cruzadas balbuceantes, tiritando. Debió pensar que era cosa fácil, mientras atusaba el mango de su hoz afilada. Desenfundó, brillante, plateada. Nos cegaba el brillo, el sol, el polvo nos asfixiaba, el estiércol nos pudría los sesos. Se acercó hasta el cuerpo taquicárdico. Encajó los pies entre las axilas sudadas de la sotana. Se concentró y endiñó un tajo con el mismo temple con que medía las fanegas de trigo esponjoso. Debió pensar que era cosa de pulso y de un natural porte en el juego de muñeca, ese mismo porte que le hacía experto en degollar finos tallos de trigo, y se sorprendió y sintió humillado al tener que hincar las rodillas en el pecho y aplicar un movimiento de serrucho hurgando entre las cervicales. Oíamos una respiración espesa, de borbotas rojas y pastosas. Después sólo oíamos el resuello galopante del mayoral, y un serrar chirriante como una frenada de viejo tren. Dejó de serrar y empezó a golpear a manera de hachazos, y viendo que avanzaba inclinó la cabeza con la otra mano por tensar bien la carne y vislumbrar la luz. La levantó de las orejas, chorreando arcilla. La dejó caer hacia su pie derecho y atizó un golpe que a punto estuvo de costarle el empeine. Entonces la arrastró con el pie dolorido, hasta subirla a la cara del muladar.

En el camino amarillo, en el campo amarillo, en el cielo amarillo, junto a la cruz negra, quedó un charco rojo.

Cuando recibió la carta del amo, el mayoral dijo: si en tres años no vinieron a buscarnos, tendremos que buscarlos nosotros a ellos. Volveremos. Y nosotros nos sentimos tranquilos, al menos hasta que bajamos a la estación. Y cuando el amo dijo que era el alcalde, el estómago se nos dio un abismo. Y cuando no vimos en el pueblo cabecillas, ni títeres con cabeza, pensamos que pocas cosas quedaban en estas tierras por ajustar.

Los días de la siega pasaban con la tristeza habitual de la siega, con el silencio y el sudor sobre el campo. *Pasa a página siguiente*



Ilustraciones en base a fotografías de Sergio Rodríguez y Eduardo Margareto (ICAL).

Viene de página anterior.

Cortábamos haces y haces. Atábamos, y los mozos llenaban el carro al que ponían la loba. Cuando llena, a la era. Descargaban, juntaban una parva, trillaban, arrejuntaban con la cañiza, aventaban, petaban los costales; recogían la paja para el ganado y la lumbre, llenaban la panera y el pajar... mientras nosotros cortábamos hasta la puesta de sol.

Doblados, segábamos. Qué bien se deslizaban los crujientes tallos por nuestras afiladas hoces. Cuánto tiempo estuvieron guardadas, limpias, en nuestras casas, mientras esperábamos, sentados. Esperábamos que nadie viniese a buscarnos, que nadie nos dijese: al frente. Estuvimos en la penumbra durante tres años, dando de comer a las gallinas cáscaras de huevo molido. Terminó la guerra, y entonces esperábamos que nadie viniese a buscarnos, que nadie nos dijese: al bosque. Y después que el amo nos llamara, sólo esperábamos trabajar como antes lo hiciéramos, como una piña, cada uno por sus surcos, almorzando juntos, durmiendo juntos en el pajar, sobre nuestras mantas, hurgando por la noche con las hoces entre los dientes los restos de la cena, pensando, cegados por el recuerdo del sol brillante e inmóvil, no queriendo más que volver con nuestras mujeres, con el dinero en el bolsillo.

Segábamos, doblados, y alguna vez saltaba sobre la hoz un gazapo tierno que esquivaba el filo con agilidad. Se perdía en el sembrado, y veíamos su rumbo bajo los tallos que cimbreaban unos instantes. Después se detenían, quietos, hasta que llegábamos a ellos y los juntábamos en haz.

Veíamos en la era los mozos separar el grano de la paja cuando corría el viento. Hincaban la pala de mango liviano y suave en la parva y lanzaban hacia el cielo. Desde el carro, al volver, bajo los últimos rayos, mirábamos. Durante unos instantes todo se detenía colgado del cielo rojo, y luego el viento se llevaba una lluvia de briznas negruzcas, una cascada que terminaba formando un caballón, y el trigo caía rápido y seco, después de flotar del cielo como hormigas aladas, y

“ Cortábamos haces y haces. Atábamos, y los mozos llenaban el carro, al que ponían la loba. ”

sonoro, golpeando la era por vez primera como hacen los niños con la arena cuando asfaltan las calles. Era un buen grano.

Al anochecer el oeste volvía a ser el oeste. Nos desdoblábamos del suelo, con la mano en la cadera y la hoz dormida de la mano, y mirábamos el horizonte. Girábamos la cabeza hacia los barbechos de los alcores, hacia el sur, y veíamos un viejo torreón mudéjar fundido, derretido como un castillo de arena bajo una ola lisa y tibia. Tocado con la sombra de un rapaz altivo, una flecha que se lanzaba al viento y sin aletear volaba hacia el horizonte, rastros de seda rojos, amarillos, morados, azulados y verdosos se extendían de norte a sur. Y la silueta del rapaz desaparecía. No. Allí seguía clavada en el horizonte cuando desde el carro la buscábamos a nuestras espaldas. Y estábamos tan cansados, y nos parecía todo tan bueno, y estábamos tan cansados, que casi llorábamos lágrimas de vino tinto olvidando a nuestras mujeres, tan lejos.

Cuando llegábamos, las lágrimas seguían secas, e íbamos prontos a la damajuana a llenar las botas. Era un vino seco. Dejaba sabor a barbecho y barrica. La señora nos ponía la cena en la cocina, después de apañarla durante toda la tarde en los rescoldos de la lumbre de paja y tamuja.

Por la noche, en el pajar, el sol brillaba en nuestros ojos y cegaba nuestros sueños. Dormíamos entre dos colores: negro y amarillo.

Al amanecer volvíamos a la siega, y durante horas sólo descansábamos la vista en las sombras. Las sombras de las mulas y el carro, nuestras propias sombras con sus hoces dobladas, pegadas, aplanadas al suelo, y la sombra del propio pueblo, en lo lejos de la llanura, evaporándose. Así que pasábamos el día entre dos colores: amarillo y negro.

Y cuando terminábamos de cruzar las montañas camino de casa con la guita en el talego, decíamos: esto todavía no es lo nuestro, pero ya tiene otra color.

“ Al amanecer volvíamos a la siega, y durante horas sólo descansábamos la vista en las sombras. ”

RELATOS DE DOMINGO

El protagonista de este relato del argentino Mario César Yudicello decide aprender una nueva lengua, bastante complicada, por cierto, y como estrategia idínea decide motear las paredes de su casa con algunos de los vocablos de tan enigmático idioma. La rotundidad silenciosa de las palabras que penden de las paredes transforma profundamente el escenario vital del personaje.

Mario César Yudicello Cortez



Mario César Yudicello Cortez (Córdoba, Argentina, 1951) es odontólogo de profesión, aunque desde siempre ha compaginado esta dedicación con el quehacer creativo fruto de sus inquietudes literarias. En la Universidad Nacional de Córdoba cursó Comunicación Social antes de compartir talleres literarios con Daniel Moyano, en Madrid (1990). Mario César Yudicello ha publicado narrativa en 'El Adelantado de Segovia', así como en su

país, Argentina, donde vieron la luz *Zona Roja y otros cuentos* (Ed. El Copista, 2000), *Upper-cut. Que pase el que sigue* (Ed. Fojas Cero, 2002) o la antología narrativa *Somos memoria*, (El Copista, 2003), entre otros. Actualmente, el autor es miembro activo del Grupo Literario La Cañada, de Córdoba (Argentina) y reside en la localidad abulense de Arenas de San Pedro.

LOS RÓTULOS

Por Mario César Yudicello Cortez

DESDE que decidió estudiar aquella nueva lengua, Mariano no hace otra cosa que barajar estrategias para reducir al máximo el esfuerzo y aprenderla de una vez por todas. Después de probar todo tipo de recetas como poner grabaciones mientras dormía, cantar en voz alta las oraciones para reafirmarlas en la memoria, hablar pero siempre pensando en términos de la nueva gramática, asociación de imágenes, control mental, mnemotecnias y otras que ya ni recuerdo, finalmente optó por los papelitos, como si fueran -no como si fueran, como lo que son- rótulos.

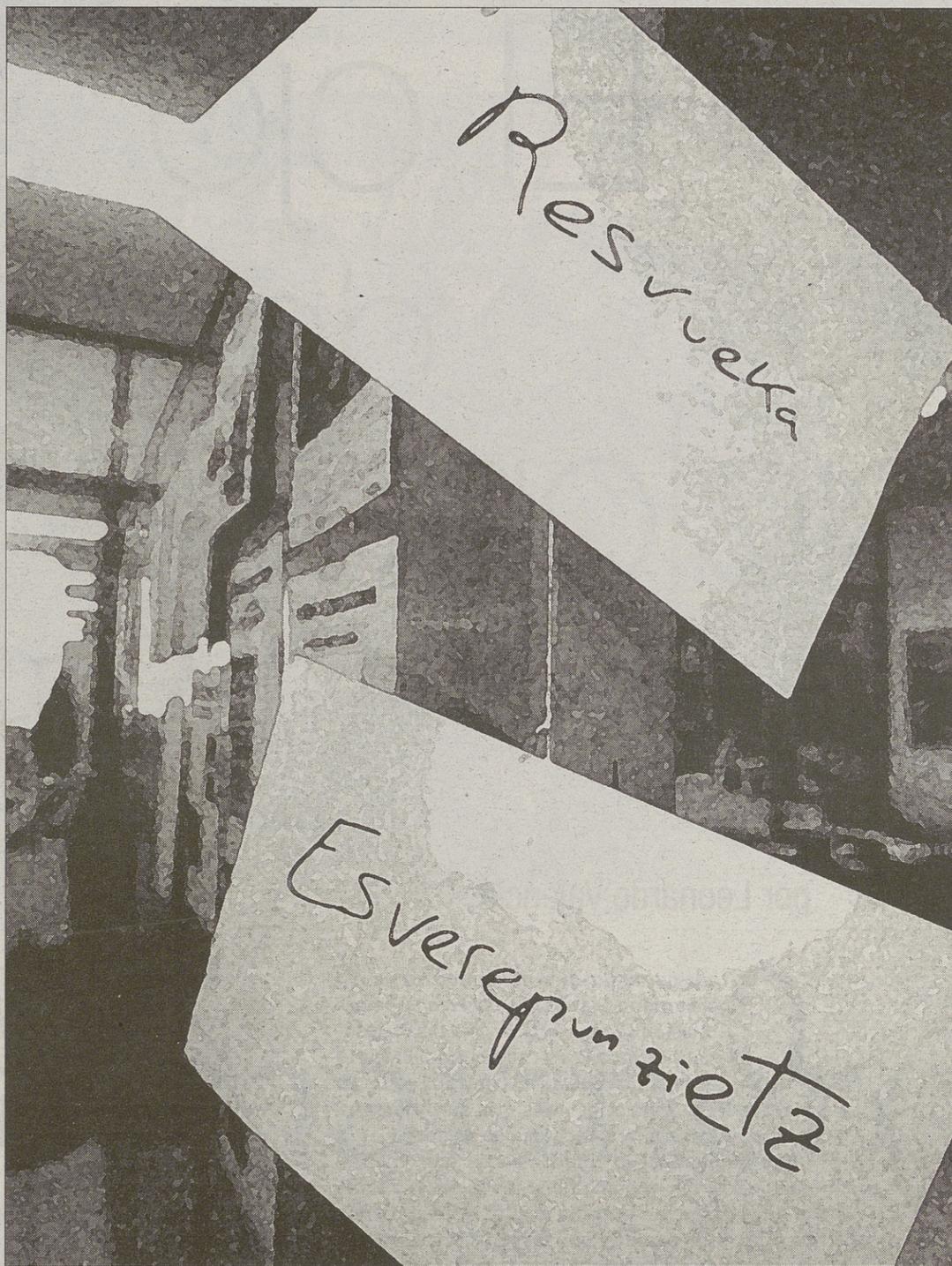
Así fue como en el espejo del baño puso el primero: «resvuela». Después siguió con el techo de su habitación; este le resultó particularmente difícil, no tanto por la morfología de la palabra techo: «esverepunzieta», sino más bien por un problema estructural, ya que al ser antigua la casa tuvo que trepar a una escalera enorme para llegar a esos techos seis metros encima del nivel de la cama para poder pegar el cartelito. Pero ahora ya está puesto entre las manchas secas de humedades que fueron, y que ahora sirven para matar las horas muertas del insomnio dando lugar a imaginar, según la posición de la cabeza y el ánimo del momento, las más disímiles formas dentro del cerebro.

La palabra mancha fue la tercera que rotuló, según me contó después su hermana Silvia. Dijo que ese día llegó corriendo a su trabajo y sin siquiera saludarla le alargó el papel donde estaba escrita la palabra con su traducción después del signo igual: «manna».

-Es casi igual a la castellana- le dijo con lágrimas en los ojos.

Silvia, más cortada por sus compañeras de trabajo que presenciaban la escena que conmovida por el hallazgo de su hermano, lo acompañó hasta su casa y una vez allí, efectivamente, pudo ver en el picaporte exterior pendulando un cartelito que decía «nestrikehundig», que seguramente quería decir «picaporte».

Una vez que traspusieron el umbral, ante su vista apareció la habitación pletórica de cartelitos que ya comenzaban a superponerse en distintas napas pegajosas que, según pasaban los días, le daban al interior de la casa un aspecto de cueva hecha en collage de la que manaba un fuerte olor rancio a goma de pegar, que se desprendía de las estalacti-



“ Una vez que traspusieron el umbral, ante su vista apareció la habitación pletórica de cartelitos ”

tas de papeles engrudados. Silvia, entre espantada y perpleja, lo llevó hasta la parte del collage que oficiaba de cocina y repasó velozmente los miles de cartelitos para ver si encontraba el del café, pero se desanimó en el acto ya que tampoco vio las hornallas ni el grifo bajo el costroso magma de papel y cola, amén de que sintió un poco de temor de lo que una hornalla «rumbertien» encendida podía llegar a hacer en aquella casa de papel maché.

También echó en falta a su cuñada Eugenia y a la pequeña Lucía, su «asecni» sobrina que seguramente quedaron empapeladas y olvidadas entre tantas napas. Fue entonces, que lo tomó suavemente del brazo y se lo llevó al bar del gallego Manolo frente a la plaza. Allí entre dos humeantes tazas «visikietzums» de café le rogó que visitara a Susana, la psiquiatra de la familia.

-La nuestra es una familia de neurópatas-, le dijo maternal, casi con tristeza.

-«Anihé», «anihé»-, le gritó Mariano ofendido por la sugerencia; luego se marchó y ella ya no supo más de él. Anoche fui a su casa. Después llamar un buen rato, pegué la oreja contra la puerta y no oí nada más que un pequeño murmullo ahogado. Entonces entré, forzando la «rastompfex» cerradura, y vi a Mariano incrustado en el núcleo viscoso del quiste de papeles, inhabilitado de todo movimiento; tan sólo sus ojos desorbitados estaban desatascados y su voz diciendo: «¡Strelanziek krafa, strelanziek krafa!».

Y yo, que no entiendo esa dichosa lengua que él tanto se empeñó en aprender, no tuve mas remedio que darle la vuelta y alejarme de allí dejando a mi paso algunas «seratupfenz» huellas de carteles sobre la acera que se me pegaron a la suela de los zapatos, pero siempre pensando: «¿Qué me habrá querido decir?».

Lo que sí me parece un hecho es que a esa rara lengua por fin la dominó con su sistema.

RELATOS DE
DOMINGO

He aquí la historia de un coleccionista a la fuerza. Estamos en Cuba y Victoriano Masdéu ha invitado a sus antiguos camaradas del colegio para festejar un año más de la promoción. Carlos Cowley, al final de la fiesta, le pide que le guarde un diminuto objeto en un pequeño reducto que Victoriano tenía en su casa. Así comienza este misterioso relato en el que los amigos que abandonan el país dejan a Masdéu que cuide sus tesoros.

El ojo
del
cíclope

por Leonardo Valencia

Cada domingo, durante veinticinco años, Victoriano Masdéu se encerró en la habitación secreta de una vieja casa artesonada de la calle Trocadero. Aquella parte de la capital cubana es conocida como La Habana Vieja. Para otros no es más que la antigua ciudad de intramuros, la ciudad de sombras.

La habitación no mide más de diez metros cuadrados. Por ventana tiene un tragaluz angosto que aunque no ilumina lo suficiente al menos ventila. Sus paredes son ásperas, inacabadas, pero escudan sabiamente del bochorno tropical, y de ellas penden candelabros de gancho retorcido con gruesas velas de sebo. Durante tres generaciones el cuarto fue un secreto que sólo pasaba de padre a hijo. Luego, finalmente, decidieron contarle al resto de la familia. Podían conocerla porque los temores corsarios por los cuales fue creada estaban empolvados desde tiempo atrás: la isla era un tranquilo y prometedor emporio turístico. Así, expuesta ante todos, sin secreto, la habitación volvió gradualmente a desaparecer. Sólo cuando surgieron los primeros movimientos revolucionarios y el país se volvió incierto, Victoriano Masdéu advirtió a la familia y a sus amigos que no hablaran de la habitación con nadie. Fue un secreto vociferado con cierta complicidad fiel, pero nunca llegó a salir del círculo íntimo del cual Victoriano pasó a ser su centro.

Una noche, Victoriano invitó a sus antiguos camaradas del colegio San Bernardino para festejar un año más de la promoción. Pero uno de los invitados y amigos, Carlos Cowley, no seguía el ánimo de la celebración. Sabía del reducto y



FERNANDO VICENTE

estaba inquieto. Al terminar la cena, Cowley llevó aparte a Victoriano, sacó de su bolsillo un diminuto objeto envuelto en un pañuelo y se lo entregó.

-Guárdalo donde no puedan encontrarlo -le dijo a Victoriano-. Es de mucho valor. Anita, mi mujer, no sabe que lo tengo. Podrá servirle para cuando ella necesite dinero para irse de la isla. Yo me voy mañana.

Sorprendido, Victoriano no se lo comentó a nadie esa noche. Decidió guardarlo en la habitación, ya que no tenía ningún uso. Tres días después se hablaba en La Habana de la fuga de Carlos Cowley.

Al cuarto día, encerrado en la habitación y a solas, Victoriano abrió el pañuelo. Encontró un reloj de bolsillo con leontina de oro, marca Breguet, montado en una caja de oro y con

incrustaciones de ónix y diamante. El reloj era una joya por los materiales empleados como por su artesano y su primer dueño, tal como rezaba la inscripción: *faite par Breguet pour m. le Duc d'Orléans en 1.780*. Pero Victoriano no se dio cuenta del valor del encargo hasta que se lo dijera su vecino, que era a la vez su mejor amigo y uno de los hombres más cultos de la isla. Así fue como, al quinto día de la fuga de Cowley, entró a la habitación de la casa Masdéu el poeta Luis Leoncio Luna.

-Los relojes de Breguet -le explicó Leoncio Luna con su opresiva respiración asmática- fueron ya en su tiempo falsificados muchas veces. Por tal motivo la mayor parte de los Breguet genuinos muestran, aparte de la signatura normal, un signo particular trazado según un procedimiento secreto y solamente reconocible bajo cierta iluminación, y además, casi siempre, una numeración registrada.

Verificaron. En efecto, al colocarlo oblicuamente y con la luz de las velas, hallaron el signáculo.

-Me temo, Victoriano -sentenció Leoncio Luna- que usted está en la singular fortuna de poseer uno de los objetos más codiciados y que más rivalidad despierta entre los coleccionistas

“ Sorprendido, Victoriano no se lo comentó a nadie esa noche. Decidió guardarlo en la habitación, ya que no tenía ningún uso. ”

“ Creció la nostalgia de Victoriano. Conforme iba creciendo su museo privado y no recibía noticias de sus amigos dispersos ”

internacionales de hoy en día. Sin embargo, un poco aparte de la pieza, me inquieta la conjunción del ónix y el diamante. Son piedras con virtudes contrapuestas. La primera infunde miedo a quien la posea. La segunda da valor. Es un extraño equilibrio zoroástrico.

Victoriano, ajeno a las disquisiciones inexpugnables de Luis Leoncio Luna, le contó cómo llegó el reloj a sus manos y le pidió que no se lo revelara a nadie. El poeta asintió con una sonrisa.

Pero el Breguet fue apenas el comienzo. Luego llegó un diminuto dragón Pi-Hsieh, arcaico amuleto de jade rojizo de la dinastía Han, y que servía, según la creencia china, para espantar a los espíritus demoníacos. El Pi-Hsieh no tenía más de trece centímetros de alto, pero venía en una caja de mármol cinco veces mayor que hacía de templo para el amuleto. Su dueño, otro amigo de Victoriano, le advirtió que el amuleto y la caja no debían separarse. Como no podía llevárselo, le pedía que lo guardara para cuando volviera a la isla. El coleccionista accedió. Pero lo hizo sin ninguna alegría: dos de sus mejores amigos partían casi al mismo tiempo. Un presentimiento le decía que no los volvería a ver.

Así empezaron a llegar más objetos de todos los tamaños y tipos, y más de uno por cada amigo o recomendado que conocía ese depósito fiel y seguro de la calle Trocadero. Arribaron un reclinatorio y una mecedora de esterilla Fischer hechos en Bohemia, tres estatuillas egipcias shawabti de madera de cedro con retoques dorados, un arbusto con pajarillos vivaces hechos en coloridos y estáticos vidrios de Murano, un reclinatorio mexicano con un entalle escondido de la Malinche, veintisiete copas de cristal del Mosser, un juego de té elaborado con plata peruana y de relumbro continuo, un jarrón de marfil hindú con dos astas en forma de cabeza de elefante, una carpeta de artículos que José Martí escribiera en su estadía neoyorquina, un reloj de pedestal con la inscripción *Tempus Fugit*, tres cuchillos feroces... Las rarezas se sucedían sin fin. Nunca fueron rechazadas, salvo dos o tres voluminosas excepciones, como la de un músico que trajo un Pleyel de cola con teclas de alabastro. Seguramente suponía que la habitación secreta poseía dimensiones de fondo inagotable.

Desde aquellos días, Victoriano Masdéu y Luis Leoncio Luna compartieron cada detalle, cada novedad, cada historia de un incipiente museo que, poco a poco, fue aumentando para asombro del coleccionista y regodeo del poeta. Asombro porque Victoriano nunca hubiera imaginado que sus amigos y conocidos pudieran tener objetos de una índole tan multivaria y costosa. ¿Cómo habían ido a parar a Cuba el reloj

del duque de Orléans y un amuleto de la dinastía Han? ¿Quién los había traído? Mientras Victoriano ahondaba en estas cuestiones y en la nostalgia de sus amigos, para Leoncio Luna no existía mayor satisfacción que recibir las sorpresas invitaciones a descifrar los pormenores de cada nueva encomienda. Afinaba su curiosidad libresca diluyendo prodigiosos rayos de luz sobre las piezas de la habitación, de modo que su habla erudita las transparentaba, y deslumbraban la ignorancia del coleccionista. Así fue como las reuniones se concertaron ritualmente para los domingos. Victoriano limpiaba los objetos con fruición de numismático y repetía los datos curiosos de las casuales enseñanzas de su amigo. Leoncio Luna contemplaba placenteramente las antiguallas y evocaba otras de su propia familia. De cuando en cuando, fabulaba sin reticencias sobre la pieza de turno que Victoriano desempolvaba y pulía, mientras

“ Cada vez más solo, el coleccionista continuó encerrándose ritualmente los domingos. Limpiaba las joyas, las reliquias... ”

impregnaba con el humo de sus cigarros los breves metros cuadrados de la habitación.

Cuba quedó más aislada. El tiempo se detuvo a lo largo de sus costas de esplendor. Luis Leoncio Luna alcanzó fama continental por sus libros, pero era una fama triste, y el coleccionista incrementó en un número de diez mil objetos la atestada y casi intransitable habitación. También creció, aunque en medidas sin referencia real, la nostalgia de Victoriano. Conforme iba creciendo su museo privado y no recibía noticias de sus amigos dispersos por Estados Unidos, México y Europa, creyó imposible el reencuentro. Hasta pensó en irse de la isla. Más que su familia, lo detenía en anclaje la responsabilidad de los encargos de sus amigos. Luis percibía el estado de Victoriano, aunque nunca le preguntó nada. Ambos compartían la condena de no salir jamás de Cuba, tanto el coleccionista para encontrarse con sus amigos, como el poeta para vencer su retraimiento con la fascinación de otros paisajes y el regocijo de una fama tardía.

-No podremos irnos de Cuba -sentenció Luis-. La Anaké, la fatalidad está ahí, con su ojo fijo de cíclope.

Y era la verdad. Luis Leoncio Luna, el amigo y vecino y gran poeta barroco murió dos años después de una deficiencia cardíaca. Una sema-

Leonardo Valencia

Leonardo Valencia es narrador y ensayista. Actualmente reside en España. Colabora en importantes medios como *El mundo* (Perú), *El espectador* (Colombia), *El Telégrafo* (Ecuador) y *La reforma* (México). Fue columnista de la revista mexicana *Vuelta*. Valencia participó en el Primer Encuentro de Jóvenes Escritores Latinoamericanos efectuado en Venezuela en 1994, que dirigió el novelista Sergio Pitlor. Bibliografía: Cuento: *La luna nómada* (Lima, 1995). Consta en las selecciones: *Antología del cuento latinoamericano del siglo XXI* (México, 1997); *Cuarenta cuentos ecuatorianos* (Guayaquil, 1997); *McOndo* (España, 1997); *Cuento ecuatoriano de finales del siglo XX* (Quito, 1999).

na antes le había entregado a Victoriano los manuscritos de varios libros de poemas, publicados e inéditos. El coleccionista se extrañó tanto como aquella primera vez con Carlos Cowley. Le preguntó ingenuamente si se marchaba del país. Luis le respondió con una sonrisa de mandarín pero sin el aliento exaltado:

-Me voy a la Última Thule, querido Victoriano.

Como siempre, Victoriano no entendió en un primer momento la referencia erudita de su amigo. Pero cuando escuchó el alboroto lóbrego que se armó en la casa vecina por los estertores del poeta, un ramalazo inclemente lo atormentó hasta traducirle, borrosas, certeras, las resonancias de lo que significaba la Última Thule.

Cada vez más solo, el coleccionista continuó encerrándose ritualmente los domingos. Limpiaba las joyas, conservaba las reliquias y merodeaba en sus recuerdos, colocándolo todo en un hacinamiento furtivo que le servía para afianzarse en desorden a un mundo cifrado en el pasado. Nunca supimos cómo se sentía frente a la memoria de quienes pusieron en sus manos aquellos objetos. Creyó en herederos y viudas repentinas que vendrían a agradecerle su fidelidad, y ese solo gesto habría bastado para compensar los años de silencio aventurado compartidos con su amigo. Pero sólo Anita Cowley fue a retirar el Breguet, al apuro y sin reminiscencias.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Angosto: Estrecho o reducido

Sebo: Grasa sólida y dura que se saca de los animales herbívoros, y que, derretida, sirve para hacer velas, jabones y para otros usos.

Leontina: Cinta o cadena colgante de reloj de bolsillo.

Signáculo: Sello o señal en lo escrito.

Ónix: Ágata listada de colores alternativamente claros y muy oscuros, que suele emplearse para hacer camafeos.

Palabra: Perteneciente o relativo al zoroastrismo que es una religión de origen persa elaborada por Zoroastro a partir del mazdeísmo.

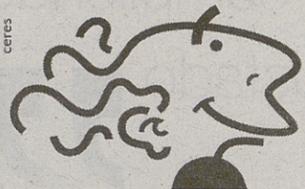
Disquisiciones: Examen riguroso que se hace de algo, considerando cada una de sus partes. Divagación, digresión.

Anaké: Diosa griega del destino.

Thule: Isla del Atlántico situada al norte de Bretaña. Constituía el límite norte del mundo conocido, por lo que la imaginación popular la convirtió en una tierra fabulosa.

Inexpugnables: Que no se puede tomar o conquistar por las armas. Inaccesible o de acceso muy difícil. Que no se deja vencer.

“ La Anaké, la fatalidad está ahí, con su ojo fijo de cíclope ”



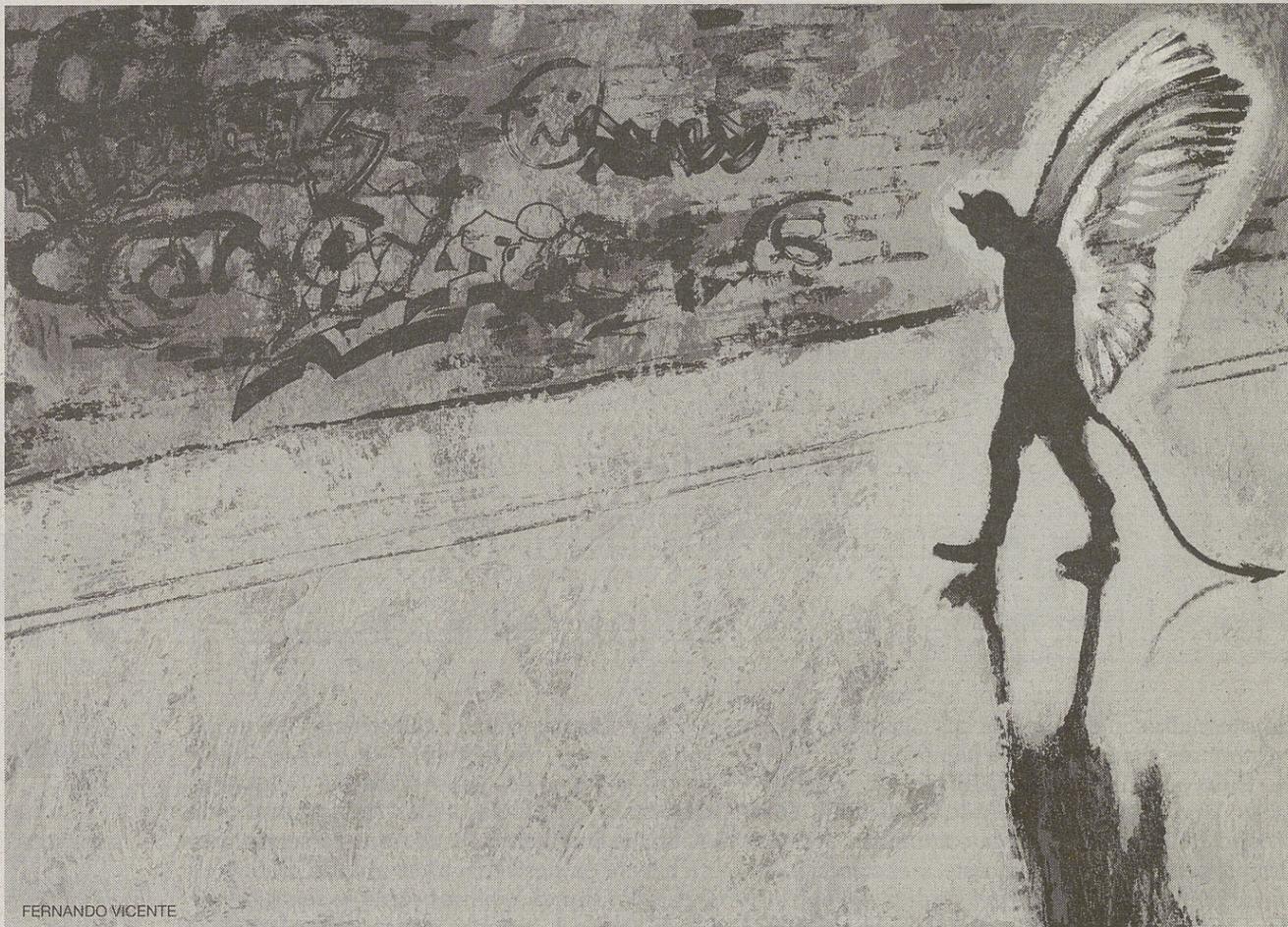
Érase una vez ...

«Hablar claro es difícil cuando va a decirse toda la verdad.»
Rabindranaz Tagore. Escritor indio. 1861-1941

RELATOS DE
DOMINGO

Es primavera; está amaneciendo en Madrid. Conocemos al Pipa y al Cadenas. Son dos chavales que se han pasado la noche bebiendo vino malo, tomando pastillas y esnifando coca. Están pensando en retirarse a dormir, pero pasa por allí un hombre menudo al que Pipa insulta por no ser español; luego asusta y denigra a una chica por la misma razón... En fin, son un cúmulo de horrores, pero todo puede cambiar.

Los ángeles ocultos



FERNANDO VICENTE

por J. A. Bueno Álvarez

El amanecer reciente descubrió una mirada turbia en los ojos castigados por una noche de frustración, de pastillas, de coca y de vino malo. El Pipa rebuscó sin suerte en los bolsillos de la cazadora y de los pantalones antes de cagarse en la madre que lo parió. Entonces, el Cadenas, silencioso como un cúter que separa la carne desprevenida, sacó una papelina y se la puso delante de los morros a su amigo, que volvió a cagarse en la madre que lo parió, aunque esta vez para expresar alegría. Cuando ya no quedaba nada, el Pipa siguió un rato esnifando aire hasta que se cansó y, con mucha prosopopeya, se cagó en la madre que lo trajo al mundo.

El Pipa escupió la palabra indio casi sin ganas, como cumpliendo un deber. El hombre enjuto y menudo apretó el paso sin mirar atrás, asustado por el estrépito de las botas que golpeaban la tierra fría. El Pipa hizo ademán de levantarse, pero el Cadenas lo contuvo con su manaza poderosa de boxeador sin vocación. "Déjale que se marche", ordenó, y el Pipa tuvo que contentarse con reventar la mañana con un grito ininteligible y animal. "Estos, al menos, hablan una especie de español", dijo el Cadenas señalando al hombre

que ya se perdía en la bruma del parque, pero el Pipa, que no se andaba con tan sutiles distinciones, repuso: "¿Español?, ¿a esa mierda de acento maricón lo llamas español?". "Bueno, me refiero que se entiende lo que dicen", se defendió el Cadenas. "¿Que tú entiendes a los indios?", se indignó el Pipa, "¿que entiendes a esos enanos con cara de chinos?". "Algo sí que se los entiende", afirmó el Cadenas. "Venga, no me seas mamón, la madre que me parió. El español es de España", aseguró el Pipa, "para hablar español hay que ser como tú y como yo". "Bueno, eso sí", admitió el Cadenas recostando su corpachón en el respaldo del banco.

-¿Qué hora es? -preguntó el Cadenas, que no tenía ganas ni fuerzas de mirar el reloj.

-Las siete.

-¿Nos vamos?

-¿Adónde?

-A sobar.

-No, espera un poco -dijo el Pipa observando la silueta borrosa de una mujer que se acercaba a ellos por el camino de tierra. El aire tibio de marzo traía una promesa de jazmines y de deseo. El ruido lejano de motores llegaba aplacado por el lenitivo del sueño. La mirada turbia del Pipa parpadeaba como una máquina tragaperras a punto de vomitar el premio cuando la mujer morocha iba dejando de ser la mujer que

había sido en la distancia. Ahora era una flor oscura con dos pétalos de carmín en los labios. El Pipa se metió la mano en la bragueta y se frotó la entrepierna con urgente desesperación.

-¿Qué haces? -preguntó el Cadenas incorporándose con la misma parsimonia que un boxeador que acaba de caer y retarda el momento de erguirse para seguir recibiendo ganchos y chochets.

-Le voy a enseñar a esa lo que es una polla española. -Por la bragueta abierta apuntaba un apéndice flácido y sin vida, quizá apto para mear.

-Esas tías tienen todas el sida -regurgitó, desdenoso, el Cadenas.

-Eso es en África -le corrigió el Pipa tratando de revivir al muerto con el viático de su mano.

-Te va a ver y se va a dar la vuelta.

El Pipa, rápido, se despojó de la cazadora para protegerse el vientre, las piernas y las manos que hurgaban por debajo. El olor a ceniza amenazaba con imponerse a las vaharadas de la primavera latente. Muy lejos, al otro lado del estanque, se levantaba una columna de humo, quizá una fogata a punto de extinguirse que los guardas habían alimentado durante la noche.

-Oye, ¿tienes fuego? -preguntó el Pipa mostrando un cigarrillo sostenido por la mano que acababa de sacar de debajo de la cazadora.

La chica volvió la cara en la que de inmediato se heló la sonrisa adolescente. La negativa se le quedó coagulada en los labios, manchados ahora de carmín, de sorpresa y de espanto.

-¿Qué te parece? -preguntó, jactancioso, el Pipa-. Una polla de verdad, una polla española.

La chica trató de correr, pero las piernas se doblaban como dos juncos. Tropezó y, sonámbula, tardó en levantarse. El Pipa, con su trofeo entre las manos, se acercó a ella con paso incierto mientras le repetía que mirase bien una polla española. Cualquier día volvían a América para regenerar la raza otra vez.

-La madre que me parió, mira de una puta vez -ordenó el Pipa apuntándola con el arma de la evangelización. Pero la chica, recuperada la verticalidad, no miró. A su espalda, resonaban los golpes furiosos de las botas acompañados de la risa estentórea y satisfecha del Pipa, feliz como un gato cebado que maulla indolente e instintivo ante la presencia de un ratón.

-Tío, no lo vuelvas a hacer -dijo el Cadenas. El Pipa aún se quedó un rato observando la silueta que se encogía en la distancia antes de encararse con su amigo:

-¿Por qué? Tengo tanto derecho como Colón.

-Porque le has enseñando un pingajo -respondió el Cadenas señalando la bragueta que el Pipa acababa de cerrar-. Esa india irá contando por ahí que los españoles somos unos mierdas.

-Es que las putas indias no me la ponen tiesa, tienen una cara que da susto -se excusó el Pipa-

“ El Pipa escupió la palabra indio casi sin ganas, como cumpliendo un deber. El hombre apretó el paso sin mirar atrás, asustado por el estrépito de las botas que golpeaban la tierra fría ”

“ Toda la puta noche de rulos sin tirar-nos a una tía- se quejó el Pipa-. A ver si nos encontramos un moro y nos divertimos un rato. -¿Te queda pasta?- ”

. Tenemos que buscar dos rusas tetonas.

-Tío, con todo lo que llevamos encima, hoy no se nos pone tiesa ni con mismundo.

-Es una pena que Colón no descubriera Rusia, ahora España estaría llena de rubias macizas -se lamentó el Pipa.

-Pero si Rusia ya estaba descubierta.

-¿En la época de Colón?

-Claro, la descubrieron los romanos.

-¡Joder, con los romanos! -exclamó, admirativo, el Pipa-. Esos sí que se lo montaban bien. Oye, y la División Azul, ¿qué?

-¿Qué pasa con la División Azul?

-Que esos sí que estuvieron en Rusia -aclaró el Pipa.

-¿Y qué?

-¿No se trajeron rusas?

-Tío, no iban a una fiesta, tenían que acabar con los bolcheviques. ¿Te imaginas que España hubiera sido bolchevique?

-Pero podían haber cogido prisioneras, como los romanos.

-Bueno, socio -dijo el Cadenas levántandose muy lentamente, como un boxeador sonado-, yo me abro a sobar.

-Toda la puta noche de rulos sin tirarnos a una tía -se quejó el Pipa-. A ver si nos encontramos un moro y nos divertimos un rato.

-¿Te queda pasta? -preguntó el Cadenas.

-Un euro -respondió el Pipa mostrando la moneda que había rebañado en el bolsillo.

-A mí ni eso. Tendremos que pillar el tubo en Atocha. ¡Con lo que bien que iríamos en un tequi!

-Pues pillamos uno.

-No quiero más movidas con los tequeros.

-Si se pone tonto, le damos dos hostias.

-No, tío.

-O le ponemos el cúter en el cuello. Me gusta ver cómo se cagan esos cerdos.

-Que no, tío, que no.

La mañana, de pronto, trajo ruido de petardos; como unas fallas adelantadas, diría luego el Pipa delante de un micrófono sin poder detener el llanto que había tardado cuatro horas en salir.

-¿Has oído eso, tío? -preguntó el Cadenas.

El Pipa suspendió la pierna en el aire, sin terminar de descargar la patada contra una caseta de la Cuesta de Moyano.

-Parecen las Fallas -dijo el Pipa, que tenía familia en Valencia y había ido una vez por San José-. ¿Tú has ido alguna vez a las Fallas?

-No, ni a San Fermín tampoco.

-¿Qué tiene que ver una cosa con otra?

-Tío, las dos son fiestas, ¿no ves la relación?

-No vayas a compararme... -el estrépito de una segunda explosión interrumpió al Pipa, que levantó la vista y se quedó embelesado por la fumarola que ascendía hacia el cielo como un enjambre de bailarinas con vientre de humo y piernas de alambre retorcido-. Tío, parece un volcán, igual que un volcán que vi una vez en la televisión.

-¿Un volcán en la estación?

-No sé, vamos a ver.

Por la boca abierta, al Pipa le entró un gusano de polvo y de horror. El tósigo de la noche se esfumó de golpe.

-¡La madre que me parió! -exclamó. De abajo llegaba un rumor de lamentos. Los ojos desparvoridos comenzaban a distinguir fantasmas escapados de la herrumbre que huían por encima de piernas y de brazos definitivamente sin dueño. El grito de un estertor que no supo identificar se le metió en el pecho como una catana.

-Tío, voy a echar la pota -dijo el Cadenas.

“ Por la boca abierta, al Pipa le entró un gusano de polvo ”

-No me jodas -protestó el Pipa-, lo que hay que hacer es bajar ahí y sacar a esa gente.

Raudos y despejados, como si acabaran de despertarse tras ocho horas de sueño reparador, el Pipa y el Cadenas se internaron en el infierno con alma de ángeles salvadores.

-Aquí, aquí, señor -imploraba una voz de mujer.

El Pipa se agachó, se quitó la cazadora y envolvió con ella las piernas ensangrentadas de la mujer. Luego le pasó una mano tierna por la cabeza y le preguntó su nombre.

-Evelyn, señor. -Al Pipa le sonó raro que le llaman señor, pero le gustó.

-¿De dónde eres?

-De Ecuador, señor -respondió la chica-. Venir de tan lejos para que le hagan esto a una -añadió y rompió a llorar.

-No llores, que no te va a pasar nada -la consoló el Pipa limpiándole con la camisa la sangre que le brotaba de la frente-. Y no me llames señor, me llamo Jorge.

J. Antonio Bueno Álvarez

Juan Bueno Álvarez, madrileño nacido en Barcelona en 1961, es profesor de Lengua y Literatura en un instituto de enseñanza media. Ha publicado las novelas *La verdad inútil* (Huerga & Fierro, 1999) y *Las estrategias del bachiller* (Edaf, 2001). Además, como autor de relatos cortos, obtuvo el Premio NH en 1998 por el cuento titulado *La muerte de mi madre*. Asimismo, ha participado en el volumen colectivo *Nuevos episodios nacionales. 25 historias de la democracia española* (Edaf, 2000). Entre 1991 y 1998 publicó diversos estudios de investigación literaria incluidos en los tres primeros volúmenes del *Manual de literatura hispanoamericana* (Cénlit). *El último viaje de Eliseo Guzmán*, su tercera novela, obtuvo el XVI Premio Andalucía de Novela 2001.

El ulular de las sirenas se impuso en la mañana detenida por el horror. Un ejército de uniformes y de paisanos tomó las vías tratando de cerrar el grifo ciego de la sangre y de la desesperación.

-¿Sabes hacer torniquetes? -le preguntó un enfermero al Pipa.

-Sí -aseguró el Pipa ciñendo la pierna de Evelyn con su camisa.

-Cuando acabes, vete allí -le ordenó el enfermero señalando al Cadenas, que se afanaba, dirigido por una mujer vestida con una bata verde, en sacar a varias personas del interior de un vagón.

-No, no me deje, señor -le rogó Evelyn.

-No te preocupes, vuelvo enseguida -le prometió el Pipa terminando de apretar el nudo.

-Gracias, Jorge -musitó la muchacha.

Cuatro horas después, estragado por el sudor y la sangre ajena y seca que le manchaba el cuerpo, la cara y las manos, el Pipa, tras explicar delante de un micrófono que al principio el ruido le había recordado a las fallas de Valencia, a unas fallas adelantadas, imploró sollozando: "Se llama Evelyn y es de Ecuador. Tiene un acento muy dulce y una cara de princesa. Solo quiero saber cómo está y llevarle unas flores al hospital".

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Morocho: Argentina y Perú. Dicho de una persona: que tiene la piel morena.

Prosopopeya: Afectación de gravedad y pompa.

Lenitivo: Que tiene la virtud de ablandar y suavizar.

Regurgitar: Expeler por la boca, sin esfuerzo o sacudida de ánimo sustancias sólidas y líquidas contenidas en el esófago o en el estómago.

Viático: Sacramento de la eucaristía que se administra a los enfermos que están en peligro de muerte.

Vaharada: Acción y efecto de arrojar o echar el vaho, aliento o respiración. Golpe de vaho, olor, calor...

Estentóreo: Dicho de la voz o del acento: muy fuerte, ruidoso.

Bolchevique: Partidario del sistema político instaurado en Rusia por la revolución de 1917 que, basado en el marxismo leninismo, establece el colectivismo mediante la dictadura del proletariado.

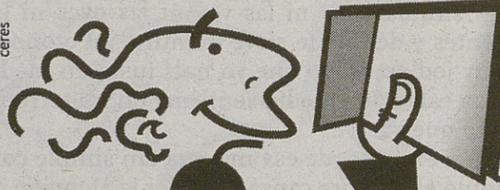
Tubo: Metro

Tequi-Tequeros: Taxi, taxista

Tósigo: Veneno

Catana: Especie de sable con filo solo en un lado.

“ Se llama Evelyn y es de Ecuador. Tiene un acento muy dulce y una cara de princesa. Sólo quiero saber cómo está y llevarle unas flores al hospital ”



Érase una vez ...

«La gloria es grande si la lucha es fuerte.»
José Velarde. Poeta español. 1849-1892.

RELATOS DE DOMINGO

El personaje principal de este relato de Enriqueta Antolín cuando era un muchacho se confesaba con mucha frecuencia; le decían que tenía muchos escrúpulos de conciencia. Ahora, en pleno otoño y madurez, la mirada consigue que se lance a hablar a tumba abierta. Siente alivio porque, tras esos ojos que lo miran, está el perdón, ya que todo lo comprenden. Pierde toda precaución y fingimiento. La absolución es muy improbable.

La mirada



FERNANDO VICENTE

por Enriqueta Antolín

No pensaba confesarse, pero lo está haciendo. Confesarse, qué historia. Ave María purísima. Sin pecado concebida. ¿Cuánto tiempo hace que no te confiesas? Tres días, dos semanas, un mes, mil años... Eso sí; de chaval, un día sí y otro también. Y hasta dos veces en el mismo día. Salías de la iglesia ligero como un planeador, y a mitad de camino... clavado te quedabas, pálido. "¿Qué te pasa, eh?" "Nada, que sigáis vosotros, que se me ha olvidado una cosa, que sigáis, que sigáis." Y a correr sin aliento para llegar antes de que cierren las puertas, y a veces te dabas de bruces con el cura que ya se iba y tú, sin dejarte arredrar por su mal gesto, "Padre, que se me ha olvidado un pecado". Que eso eran escrúpulos de conciencia, te decían, y que había que tener mucho cuidado con los escrúpulos, que había que hilar fino. Bueno, a eso ya aprendió. Hoy, escrupu-

loso, lo que se dice escrupuloso, no es. Para qué engañarse.

No pensaba confesarse, pero se le ha quedado mirando a los ojos y ya no lo ha podido evitar, a tumba abierta se ha lanzado, como una riada que no hay quien pare. Confesarse alivia, qué gran verdad. Saber que detrás de esos ojos que te miran así está el perdón. Ojos que todo lo comprenden, por encima del bien y del mal. Que te ordenan: "Habla" y tú hablas. Sin parar habló el hombre que ha entrado en la penumbra y se ha dejado caer frente a la mirada, hundido, derrengado. Cualquiera que le hubiera visto habría pensado que a ese tipo no le sacaban palabra de la boca ni con destornillador, y ya ven. Ni cinco minutos ha tardado en confesar que está un poco bebido, sólo un poco, no vaya usted a temer nada, que controlar, controlo. Nadie lo hubiera imaginado de él en otros tiempos, si de algo no tuvo nunca pinta fue de borracho, todo lo contrario, yo era de los que sólo con mi mirada les quitaba a los demás las ganas de

pimplar, cuenta el confeso ya más tranquilo, y cuando ha dicho "mirada" la que tiene de frente se ha afilado y le ha calado hasta los fondillos, y al hombre, si eso fuera posible a estas alturas, se le ha venido un como ardor a las mejillas mal afeitadas y sin poderlo evitar, para no ser mal mirado, se lanza al vértigo de descender a sus fondos oscuros o de intentarlo al menos. Que la virtud le duró poco, que a él se le agarran con más facilidad los vicios que las virtudes y que a nadie le dan a elegir la parte con la que está fabricado, que la bondad fue en él como una capa de mala pintura que resistió mientras estuvo al resguardo y en cuanto salió a la intemperie desapareció como si le hubieran dado una buena mano de aguarrás, y que ahora que lo dice en voz alta está cayendo en la cuenta de que en esta estación del año a él le entra esa especie de muermo, como si algo dentro de él estuviera cubierto de hojas muertas igual que ese parquero que acaba de cruzar, junto a la parada de los taxis. Esas hojas doradas y crujientes que gimen bajo los zapatos o se te posan en los hombros y tú puedes hacer como si nada, puedes simular que ni las ves ni las oyes ni las sientes y de qué te sirve mentirte, el otoño es muy jodido, y eso que yo nací justo en medio de la estación y podía sentirme en mi terreno, pero qué va.

Así empezó, de esa manera tan simple consiguió el hombre cansado atraer la atención de

“ Cualquiera que lo hubiera visto habría pensado que a ese tipo no le sacaban palabra de la boca ni con destornillador, y ya ven ”

quien le oye sin perderle de vista, hace falta vocación para aguantar así, día tras día, a los desconocidos que llegan con su bolsa de basura y te la vuelcan encima. O quizá ya ni escucha, quién sabe si a lo mejor lo único que permanece alerta en el hombre paciente es la mirada y a ella se agarran como a su última esperanza los que ya se han perdido todo respeto, los que se dan asco; aunque ante nadie, sólo ante quien les mire en la penumbra como les mira él, estén dispuestos a abrir en canal su corazón: A usted no me importa decirselo, ya ve; usted me inspira confianza. Pero yo, aunque no lo parezca, soy un canalla.

La frase suena un tanto pretenciosa, pero quien la ha dicho no miente. Con ansiedad atisba la mirada y la mirada sí que le ha creído y le anima a proseguir su desahogo. Las faldas, ya sabe, millones de veces habrá usted oído lo mismo. Las malditas faldas, suspira aparatoso el maltratado. O quizá no sea ése el adjetivo oportuno, quizá no, aunque evidentemente él sí lo piensa. Una tal Rita es su tormento, y ya va para largo. Las mujeres son nuestra perdición, cuanto más hombre seas,

quién de los dos fue el que sugirió que así no podían seguir, que se estaban exponiendo a lo peor, y que mejor una habitación por horas, que haberlas las hay, y muy decentes. Y no es que no se acuerde por falta de memoria. No. Es que esto de que le hablo va para años. Siglos hace de esto ya.

Calla un rato, pero las dos bolas brillantes que le enfocan de frente le obligan ya casi a su pesar a seguir con el cuento. Y sigue: Mi padre tenía un latiguillo que ahora me viene a mí como anillo al dedo. "Esto es de libro", decía el hombre cuando algo ocurría tal y como por lógica tenía que ocurrir. Que, dicho sea de paso, no sé de dónde sacaba mi padre que en los libros las historias sucedan de esa manera, pero el caso es que lo decía y que a mí, que siempre me gustaron los dichos, me caló.

Ahora el hombre ha perdido un poco el hilo y los ojos interrojan. Deje en paz a su padre y vamos al grano, le están exigiendo, y el penitente se esfuerza por cumplir y cuenta que poco a poco los encuentros se hicieron cotidianos y las conversaciones recurrentes. No lo cuenta así, lo cuenta con sus palabras y su

“ Los ojos son de verdad comprensivos. Ni se han reído, ni siquiera han sonreído. Al contrario, el hombre juraría que están enrojecidos ”

peor, ¿no?, pregunta. Y un parpadeo asiente. Ellas saben cómo hacerlo, ellas saben cómo encelarte y luego, a la hora de la verdad, se hacen las locas. Pero qué digo: no es que se hacen: es que lo son. Seguro que también en eso está usted conmigo. Una panda de locas. Y mi Rita, más.

Ha dicho "mi Rita" sin quererlo decir y ahora su suspiro es más sincero. "Rita", musita aún un par de veces como si fuera la clave secreta de una caja fuerte; "Rita, Rita...". Sin darse cuenta ha bajado las pestañas y ha dejado caer más los hombros, encogido. Pero es sólo un momento, pronto se rehace. Él no es de los que se dejan hundir por una señora, por muy señora que sea la señora, dice con cargada descompuesta. El que no le pierde de vista ríe con él o eso le parece, más vale así. Porque ahora que ha pronunciado el nombre que duele necesita vomitar la bola que le aprieta la boca del estómago. Esa mujer me ha perdido, enuncia al fin, y como el otro, sin palabras, le anima a que no calle, no calla. Esa mujer es una compañera de curre, pero no una compañera cualquiera, entendámonos; es la esposa de mi jefe.

La mirada se impacienta: Siga, siga, vamos, no se detenga, detalles, por favor, reclama. El hombre obedece y lo mismo que el naufrago a punto de irse a pique, achica aguas. -Cuenta que ella le rozaba al pasar, como sin querer, y de qué modo él empezó a subir en la empresa como la espuma, sin comerlo ni beberlo. Ríe recordando la primera vez que el futuro cornudo le pidió que la acompañara a esa comida de compromiso y de qué modo él y ella se las fueron arreglando para que la primera ocasión, que resultó sabrosa, se repitiera. Ni él mismo se acuerda ya, y ahí no miente, en qué momento las cosas pasaron a mayores, ni

refranero, pero los ojos entienden todos los lenguajes con tal de que salgan derechos desde el corazón y el hombre tiene el suyo en la boca. ¿Que de qué hablábamos mi Rita y yo?, se pregunta retórico. Pues de qué íbamos a hablar, de dinero, de lo que terminan hablando todos los enamorados... ¿O no? Él mismo se ha respondido, y como la mirada que sostiene la suya le ha escuchado sin negar ni otorgar, prosigue sin pausa: Yo tenía empeño en dejar a mi mujer bien colocada, y no porque ella se lo mereciera, que ésa es otra, sino porque si quería la paz tenía que comprarla, eso estaba claro. Para mí lo estaba, pero para Rita, no. Rita consideraba mi sensatez como debilidad, una loca, ya le he dicho. Ella fue la primera que me dio la idea, y qué bien lo supo hacer la muy hija puta, qué poquito a poco me fue metiendo el veneno sin que me diera cuenta, qué momentos elegía para sacar el tema, estábamos en... Pero para qué entrar en detalles, de sobra sabe usted de qué le hablo, pues anda que no escuchará usted historias de cama a lo largo del día, concluye en plan compadre.

Total, que cuando el arrepentido quiso darse cuenta, ya estaba hasta el cuello de fango. Con la ayuda de la que ni en medio de las peores tempestades perdió su sonrisa fue metiendo mano, mes a mes, en la caja de la empresa que le estaba confiada. Se divorció él, que ella no, y dejó a su ex y a sus hijos como a reyes. Compró casa nueva. Cambió de coche. Se mercó una peluca de cabellos ajenos, porque tantas tormentas le habían segado los propios de raíz. Se fue en secreto a Barcelona para ultimar la compra de un yatecito con el que pensaba sorprender a su amada y su amada aprovechó su breve ausencia para sorprenderle a él. Se largó con un canalla.

Los ojos son de verdad comprensivos. Ni se

Enriqueta Antolín



Enriqueta Antolín, escritora y crítica literaria, autora de *La gata con alas* (Premio Nacional a la mejor primera novela publicada en España), *Regiones devastadas* y *Mujer de aire*, entre otras obras.

Nació en Palencia en 1941, vivió su adolescencia en Toledo y después se trasladó a Madrid. Entró en el mundo editorial en 1989 con el relato *La fiesta ha sido un éxito*. En 1992 publicó su primera novela, *La gata con alas*, a la que siguen *Regiones devastadas* (ambientada en el Toledo de los años 50), *Mujer de aire*, *Kris* y *el verano del piano* y *Kris y su panda en la selva*, estas dos últimas para público juvenil. También es autora del libro *Ayala sin olvidos*, que recoge conversaciones con el escritor Francisco Ayala. Es colaboradora de El País y del programa *A vivir que son dos días*, de la cadena SER.

Relatos como éste pueden encontrarse en *Cuentos con Rita*, Ed. Alfaguara.

han reído, ni siquiera han sonreído. Al contrario, el hombre juraría que están enrojecidos, furiosos o lacrimosos, eso no queda muy claro, pero que están conmovidos, sí. También el hombre siente en los suyos un ardor sospechoso con sabor a lágrimas. Nunca había contado a nadie lo que le he contado a usted, reconoce con voz insegura, y es ahora cuando se ha vuelto a sentir adolescente y ha recuperado aquellas alas que le llevaban en volandas al salir, con el alma absuelta de pecado, del convento de los Carmelitas de su Toledo natal. Pero, ay, que con aquella felicidad ha recuperado también, y esto sí que es sorprendente, los antiguos escrúpulos de conciencia que creía vencidos, y ahora como entonces una fuerza superior a la suya, una fuerza que viene de lo alto, a ver si no de dónde, le obliga a dejar de lado consideraciones de prudencia y a lanzarse en picado. Y lo mismo que en los días lejanos en que aún era un ángel dejaba a sus amigos seguir su camino mientras él corría desesperado para llegar antes de que el cura cerrara las puertas del templo y se largara a casa, que ya iba siendo hora, y le obligaba a retroceder sin atender al gesto desabrido para arrodillarse allí en medio del templo y declarar el pecado olvidado, lo mismo que entonces, digo, ahora ya no mide sus palabras, pierde toda precaución, deja fuera fingimientos, se arranca la falsa cabellera y con la cabeza monda y la lengua de trapo balbucea: "Al tipo que me la robó lo hice matar". Deletrea el nombre del muerto y saca de la cartera una tarjeta de visita y un billete y los deposita en la mano que se le tiende. "Ya hemos llegado", dice el taxista con voz neutra. Pero el pasajero permanece inmóvil, esperando de sus propios ojos, reflejados en el retrovisor, una improbable absolución.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Arredrar: Amedrentar, atemorizar.

Derrengar: Descaderar, lastimar gravemente el espinazo o los lomos de una persona o animal.

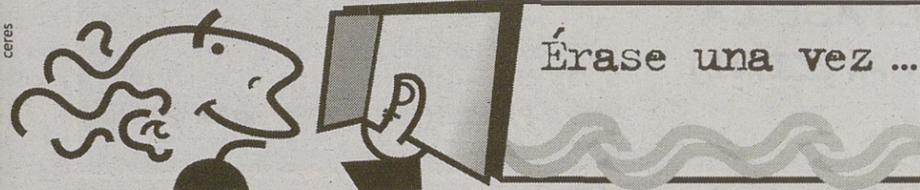
Fondillos: Parte trasera de los calzones o pantalones.

Musitar: Susurrar o hablar entre dientes.

Desabrido: Áspero y desapacible en el trato.

Retórico: Perteneciente o relativo a la retórica, arte del bien decir, de dar al lenguaje escrito o hablado eficacia bastante para deleitar, persuadir o conmovir.

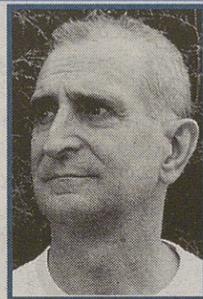
Fango: Lodo glutinoso que se forma generalmente con los sedimentos terrosos donde hay agua detenida. También, vilipendio, degradación.



«Dialogar es algo más que el simple intercambio de opiniones».
Bernabé Tierno. Psicólogo español.

CITAS ILUSTRES

Ilustradas



Texto: José Luis Serna
Dibujo: PPT

La mayor riqueza que puede alcanzar el ser humano es el conocimiento, la sabiduría y el mayor patrimonio, las respuestas a las eternas y a las más recientes preguntas. El dinero o la riqueza económica te llevan al bienestar, a las comodidades, a la satisfacción de lo que se necesita o de lo que se desea y, sobre todo, te lleva al poder que, en muchos casos, es el gran provocador de injusticias. La riqueza económica, además te encarcela como hacen las posesiones con sus dueños, que les convierte en esclavos de sus propios bienes.

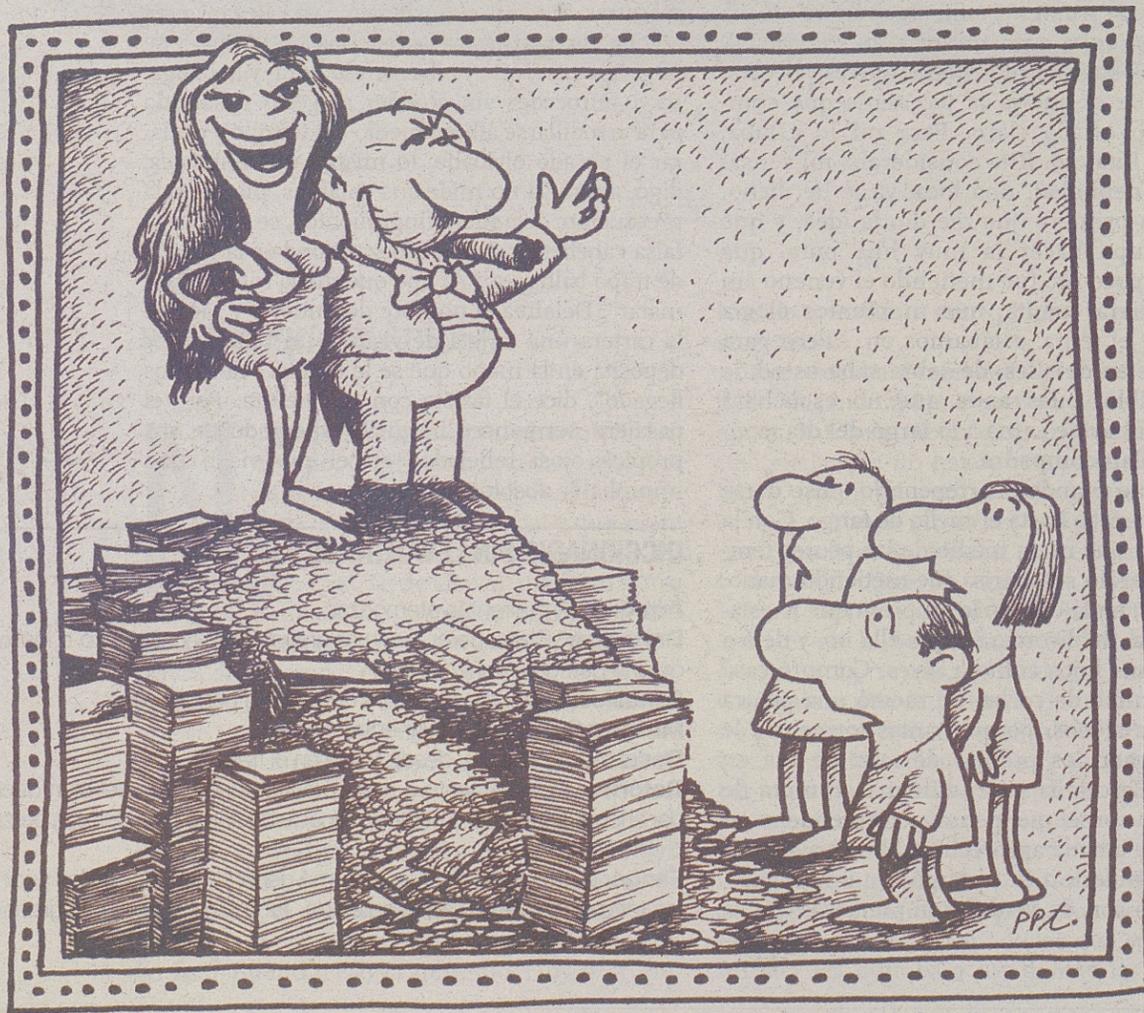
Así ocurre con los propietarios de los pequeños huertos adosados a los chalets de los que las víctimas extraen varios tomates, pepinos y alguna lechuga, verduras que consiguen succionar del nuevo horticultor hasta la última gota de verano, encadenado a los escasos metros cuadrados de labranza sin poder disfrutar, como cualquier otro ciudadano, del gentío de la costa levantina, del chirimirí vasco o la saudade gallega. También les ocurre a los dueños de los lujosos coches que no duermen por si el vehículo se encuentra bien protegido y fuera del alcance de cualquier gángster que pueda

grabar en su pintura un odioso garabato. Los amos de los perros rabian, gimen y ladran cuando han de sacar al animal al jardín de enfrente para que haga sus necesidades entre el rigor de las heladas de enero o entre las garrapatas que acechan escondidas en las hojas secas por el calor de agosto. Acumular bienes conseguidos mediante dinero quita libertad, mientras que el hacer acopio de riquezas intelectuales te la da. El conocimiento es libertad e independencia, es entendimiento y éste produce goce espiritual. Las mentes cultivadas llegan al disfrute mediante la escucha de la llamada música culta o clásica que deja impasible a los que no la conocen, estos habitan en la pobreza porque carecen de esta posibilidad. Los afortunados que disfrutan de la pintura o escultura contemporáneas son más ricos que los que no lo consiguen porque poseen el extraordinario bien de deleitarse con lo que observan. El estudioso de la cocina, de los sabores, es más rico que el que se conforma con deglutir una simple y grasienta hamburguesa. El que sabe apreciar la belleza de *El sur*, de Víctor Erice, es más rico que el que sólo disfruta con películas como las

de Santiago Segura, en las que Torrente actúa ejecutando bromas primarias y escatológicas. Aquel que conoce las lenguas muertas, el griego y el latín, es más rico que el que las desconoce porque tiene la posibilidad de llegar a tocar con los dedos nuestra historia, de saber quiénes eran los abuelos de nuestros abuelos, de conocer de dónde vienen las palabras y lo que significan, es decir la relación que tiene cada una de ellas con el momento en que se forjaron, quizás a sangre y fuego. Los que dominan las lenguas vivas son más ricos que los que sólo hablan su lengua materna porque eso les facilita la lectura de los poemas escritos sin necesidad de forzadas traducciones, la interrelación con otras culturas, la hermandad con otros seres que habitan mundos tan diferentes al nuestro como los que se han desarrollado a más de quinientas horas en una buena cabalgadura.

El conocimiento acerca de los individuos a la felicidad, entendida ésta como el equilibrio entre lo deseado y lo conseguido porque enseña a desear lo correcto y a conseguir lo pretendido. La riqueza material enseña a conservar lo que se tiene, a protegerlo, a agrandarlo, a donar algo para lavar la conciencia y a maldecir al Ministerio de Hacienda cuando pide un tanto por ciento para contribuir a la construcción de unos mínimos que garanticen una buena convivencia para todos. El rico económico, además, gozaría poco o nada si le faltase la envidia de los pobres que anhelan sus éxitos. Muchas cenas de supuestos amigos no son una invitación a compartir mesa y mantel o un canto a la propia amistad, son más un despliegue de riqueza para gritar quien es más que quien, para establecer escalafones sociales, para humillar a los que no se pueden permitir ofrecer una cena parecida a la que han sido invitados.

Supongo que también existen ricos generosos, que no pretenden conseguir poder para beneficiarse del pobre, y humildes, que invitan a sus cenas para confraternizar con sus amigos sin buscar su envidia. Supongo que existen porque necesito creer que existen.



EL RICO NO GOZARÍA NADA SI LE FALTASE LA ENVIDIA DE LOS DEMÁS (A. PANZINI)

A. PANZINI (1863-1939) Escritor italiano.